

# Otro implacable enemigo



Carta  
16

## Querida hija... Querido hijo...

En una carta anterior te hablé del optimismo. En esta, voy a referirme al **pesimismo** para, por contraste, fortalecer lo que te dije antes. Este asunto es **de vital importancia** para tu vida.

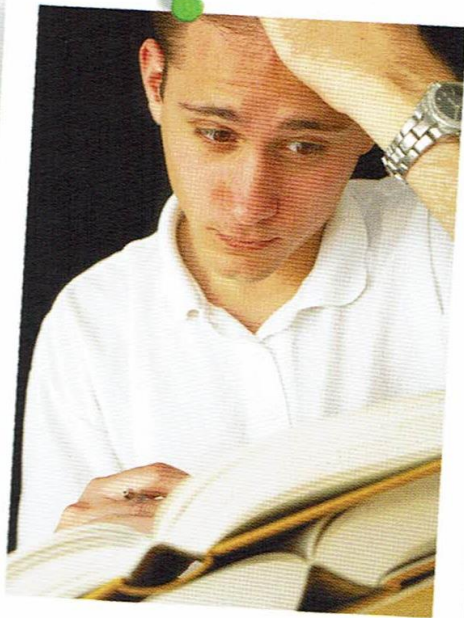
Ya has oído decir, y hasta cierto punto lo has comprobado también tú, que la existencia es **una interminable cadena de problemas**. Sin duda muchos de estos problemas podemos evitarlos, puesto que **so-**  
**mos responsables de que existan**. Otros, en cambio, nos afectan sin que nosotros los provoquemos. Sin embargo, tenemos que afrontarlos y resolverlos, lo cual requiere de nuestra parte un continuo desgastar de energía y una lucha diaria. Cuando las **perplejidades** aumentan hasta más allá de la capacidad normal para hacerles frente, sentimos que el optimismo se apaga en la misma proporción en que crecen dentro de nosotros el desánimo y el pesimismo. Muchas personas, **colocadas en semejante situación, abandonan la lucha y se dejan llevar** **abajo, hacia el fracaso**.

Pregúntate desde ahora, hija mía... hijo mío: **“¿Cuál debe ser mi actitud frente a las dificultades y problemas que me reserva la existencia?”** ¿Cómo los encararás? Quizás resulten oportunas las palabras que una vez pronunció Moisés cuando se hallaba ya casi al fin de su existencia. A través de toda su vida había afrontado infinidad de problemas

y ahora, a la edad de ciento veinte años, aquel luchador dijo a los suyos con palabras que siguen siendo válidas, aun para ti: “Tengan valor y firmeza; no tengan miedo ni se asusten cuando se enfrenten con ellas, porque el Señor su Dios está con ustedes y no los dejará ni los abandonará” (Deuteronomio 31: 6).

Frente a las pruebas de la vida, que pueden crear desaliento en tu alma, recuerda siempre esas palabras del Señor. Hay en ellas una incitación al esfuerzo, a cobrar ánimo, a no temer dificultades ni problemas. Nos instan a seguir adelante, pese a cuanto se oponga a nuestra marcha hacia el bien. La promesa que contiene el texto es que el Señor irá con nosotros. Irá también contigo. Nunca te dejará ni te desampará.

Al mirar hacia el pasado, el pesimista ve muy pocos rayos de luz; el presente es muy oscuro para él, y en cuanto al futuro, solo ve en él nubes tormentosas. Desconfía de cuantos le rodean. Está prácticamente vencido desde antes de empezar la lucha, pues está cien por ciento predisposto para el fracaso. ¡Cuántos seres humanos son como aquellas personas que estaban entre la multitud que se congregó para ver la primera prueba que se hacía con el Clermont, el barco a vapor de Robert Fulton! Durante varias horas centenares de espectadores vieron cómo los maquinistas trataban de elevar la presión lo suficiente como para que el motor funcionara. Pero lo único que habían visto hasta ese momento había sido el humo y las chispas de fuego que salían por la chimenea. Luego aquel grupo de *tomas* comenzó a decir: “Nunca se moverá, nunca se moverá”. Por fin, alcanzada la presión necesaria, las calderas co-

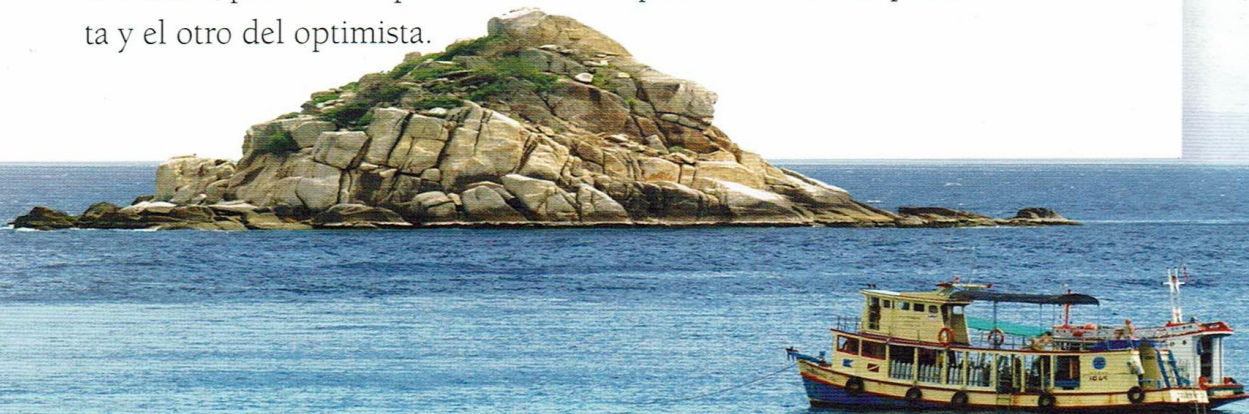



menzaron a funcionar, provocando una violenta vibración en todo el buque, y este empezó a navegar. Después de unos momentos de sorpresa y silencio, las voces de los pesimistas se hicieron oír otra vez, para decir: “No podrán detenerlo, no podrán detenerlo”. Así son muchos: ven dificultades en todas partes. O como dijo alguien: “Donde el optimista ve una oportunidad, el pesimista ve una dificultad”.

Hija mía... hijo mío, aleja de ti el pesimismo. Habrá momentos difíciles en tu existencia, podrás hallarte completamente rodeado de nubes, pero tú sabes que más allá de las nubes brilla el sol y volverá a iluminar tu vida. Que esa esperanza mantenga en pie tu optimismo.

Se cuenta que a cierto monarca musulmán le dijo una vez el jefe de sus astrólogos: “Días muy negros están delante de ti, oh poderoso. Todos tus amigos caerán a tu lado y quedarás completamente solo”. Semejante augurio desagradó al monarca, y sin más trámites ordenó que aquel agorero fuese decapitado. Su reemplazante se presentó unos días después ante el rey y le hizo la siguiente predicción: “¡Tú eres el más favorecido, oh poderoso monarca! El Creador te otorga larga vida. Vivirás honrado, aun cuando pronto te verás rodeado de algunas nubes y todos tus contemporáneos desaparecerán”. El rey recompensó a este hombre con largueza.

Ya habrás notado que una y otra profecía anticipaban exactamente lo mismo, pero uno la presentó desde el punto de vista del pesimista y el otro del optimista.





Decía un escritor: “A todo hombre le es dado hacer su parte, a fin de que en el medio en que vive haya simpatía antes que malevolencia, cordura más bien que arrebatos, contento en vez de miseria”.

Si la enfermedad llama a la puerta de tu hogar, ¿aceptarás su presencia con lamentos y quejas, frutos del desaliento? ¿O recordarás que puedes confiar en Dios y que él está dispuesto a bendecirte de acuerdo con su buena voluntad y de acuerdo también con lo que tu vida y tu carácter necesitan? Hace muchos años afirmó el gran sabio Salomón: “Al enfermo lo levanta su ánimo, pero al ánimo decaído, ¿quién podrá levantarlo?” (Proverbios 18: 14). Ya descubrirás que todo ser humano tiene algún padecimiento. Todo ser humano ha sufrido o está sufriendo alguna molestia física. Pero el optimismo o el pesimismo con que se encare esa enfermedad determinará muchas veces la gravedad del mal y hasta puede ser que influya en las posibilidades de su curación.

Recuerda que frente a lo inevitable no hay mejor medicina que el buen ánimo y el encarar el problema desde un ángulo optimista. Se cuenta el caso de un joven soldado que en una acción guerrera fue herido gravemente en una pierna. Transportado a un hospital, la pierna herida le fue amputada. Cuando volvió en sí de la anestesia, el cirujano, para darle ánimo, le dijo:

—Vamos, muchacho, pronto estarás bien. Lo malo es que has perdido una pierna.

—Doctor, no la he perdido —respondió el joven—, la he entregado.

Frente a tus fatigas, frente a las cargas que te imponga la vida, frente a las dificultades que te acarree la lucha por el pan de cada día, por la educación o por la consecución de aquello que persigas con tenacidad, frente a esa lucha, hijo mío, debes mantener siempre alto el nivel de tu optimismo. Cuando la carga te resulte excesiva, cuando



sientas que con solo tus fuerzas no puedes seguir adelante, recuerda que hay Uno que quiere y puede ayudarte a sobrellevar tus preocupaciones y problemas.

Hablo de Jesús de Nazaret. Ve a él en busca de luz cuando el pesimismo trate de ensombrecer tu espíritu.

Frente a las decepciones, frente a los chascos de la vida, sigue siempre adelante sin que melle tu fe en Dios. Prosigue tu lucha animosamente, con espíritu de vencedor. Si en esa lucha alguna vez te toca caer, levántate y sigue adelante. Recuerda el caso de aquel niño a quien le preguntaron:

—Dime, ¿cómo has aprendido a patinar tan bien?


—Señor —contestó—, creo que fue levantándome cada vez que me caía.

Sí, hijo mío, frente al pesimismo, cambia los anteojos oscuros por otros de cristal más claro. Si acaso has de equivocarte, sea por exceso de optimismo más que por falta de él. Alguien ha dicho que el optimista se equivoca con tanta frecuencia como el pesimista, pero es incomparablemente más feliz.

Sé optimista y recuerda que lo que a veces nos parece tan malo, deja de parecernoslo cuando lo enfocamos desde otro ángulo. Se cuenta el caso de una señora que ocupaba una habitación en un hotel. Una tarde llamó por teléfono al gerente y le dijo:

—Señor, ya no puedo soportar esto. Hay alguien en la habitación contigua que se ha pasado todo el día aporreando el






piano. Esto me ha producido un terrible dolor de cabeza. Le ruego que lo haga callar.

—Señora, ¿qué puedo hacer? —contestó el gerente—. Ese pianista está ensayando para su concierto de esta noche. Le diré que es nada menos que Paderewski.

—¡Ah, sí...! —contestó la mujer totalmente sorprendida—. Entonces la cosa es distinta. Discúlpeme.

Instantes después estaba llamando por teléfono a sus amigas para que vinieran a escuchar al pianista desde su habitación. Nada había cambiado, sino la actitud mental de aquella mujer.



Permíteme, hijo mío, que te cite estas palabras del gran pensador inglés Bertrand Russell: “Considera y repítete a ti mismo que este mundo será lo que nosotros hagamos que sea. No olvides tampoco que cada uno de nosotros contribuye con algo a esa obra. Este pensamiento abre las puertas a la esperanza. Aunque la vida continúe siendo dolorosa, ya no habrá de parecerse falta de objeto”.

Recuerda aquella antigua oración de suma sensatez: “Señor, dame el valor necesario para cambiar las cosas que puedo cambiar, la serenidad para resignarme a las que no puedo alterar y el buen sentido para comprender la diferencia entre unas y otras”.

Quien tiene en su corazón la esencia del verdadero cristianismo no puede ser pesimista, porque espera cosas mejores. A pesar de todos los problemas que tenga que afrontar hoy, de todo el mal que lo rodee, de todas las tentaciones con que tenga que luchar, en su rostro y en su corazón habrá siempre una sonrisa y una canción, porque sabe que todo mal desaparecerá. Sabe que pasarán el dolor, la amargura, el fracaso, la sepultura, y que un día, para él y para todos los que hayan aceptado la gracia de Jesús, **brillará el Sol de Justicia** que es el Señor Jesucristo. Quien se diga creyente y cristiano y a la vez viva pesaroso, entristecido y lleno de pesimismo, podrá ser un cristiano en el sentido intelectual y teórico, pero no en el **sentido cabal** de la palabra, porque no lo es en el corazón.

Hija mía... hijo mío, que el optimismo adorne tu carácter y que siempre brille en ti la luz de la esperanza. Sé como aquel anciano a quien alguien le preguntó, al verlo continuamente feliz aun en medio de sus problemas:

—¿Cómo puede usted mantener tanta alegría cuando tiene tantas dificultades?

—Es muy sencillo: he aprendido a sobreponerme a lo inevitable.

